

ARTÍCULO

El sentido común como una herramienta conceptual para reflexionar sobre el pasado, presente y futuro del trabajo social: un breve ensayo que celebra los 100 años de la educación de esta disciplina en Chile

Common sense as a conceptual tool to reflect on social work's past, present and future: A short essay marking 100 years of social work education in Chile

Chilelismo do capitalismo decadente

Paul Michael Garrett¹

Universidad Galway, Irlanda.

Recibido: 22/10/2024

Aceptado: 22/01/2025

Cómo citar

Garrett, P (2025). El sentido común como una herramienta conceptual para reflexionar sobre el pasado, presente y futuro del trabajo social: un breve ensayo que celebra los 100 años de la educación de esta disciplina en Chile. *Propuestas Críticas en Trabajo Social Critical Proposals in Social Work*, 5 (9), 18-42. DOI: 10.5354/2735-6620.2025 76565 .

Resumen

La conceptualización del sentido común, de Antonio Gramsci, nos ayuda a pensar de manera más crítica sobre las ideas dentro y fuera del trabajo social. Particularmente importantes son sus articulaciones de sentido común (*senso comune*) y buen sentido (*buon senso*). Así también, su concepto de entendimiento se fundamenta en un aparato teórico más amplio, en el que la hegemonía y el rol de los intelectuales son esenciales. Señaladas las posibilidades progresivas asociadas con la conformación de un trabajo social más Gramsciano, se identificaron cuatro alternativas de futuro para el trabajo social.

Palabras Clave:
Sentido común;
Gramsci;
Capitalismo;
Hegemonía;
Intelectuales

Abstract

Antonio Gramsci's conceptualisation of common sense helps us to think more critically about dominant ideas within, and beyond, social work. Especially important are his articulations of common sense (*senso comune*) and good sense (*buon senso*). Gramsci's understanding is also rooted in a more encompassing theoretical apparatus in which hegemony and the role of intellectuals are central. Having pointed to the progressive possibilities associated with the shaping of a more Gramscian social work, four alternative social work futures are identified.

Keywords:
Common
Sense; Gramsci;
Capitalism;
Hegemony;
Intellectuals

Introducción

Nos envuelven afirmaciones de que la política, las políticas y las prácticas sociales reflejan, o están de manera inequívoca arraigadas, en el «sentido común». Por ejemplo, en un perfil adulador de Evelyn Matthei, actual alcaldesa de Providencia y potencial candidata a la presidencia de Chile en 2025, se afirmó que «los chilenos están hartos del extremismo y anhelan la moderación y el sentido común» (The Economist, 2024). Así también, «la izquierda», sostuvo Matthei, «quería debilitar a la policía, casi hasta deshacerse de ella». El mismo artículo, se refirió al actual presidente, Gabriel Boric, como un «agitador de izquierda» quien, durante su mandato, apoyó de manera imprudente una propuesta de constitución rechazada, «utópica y apenas inteligible, que habría definido a Chile como un estado “plurinacional, intercultural, regional y ecológico”, habría prohibido las universidades con fines de lucro y habría otorgado derechos a la naturaleza». Tal vez, estas son, de hecho, las aspiraciones que, en efecto, habrían reflejado los deseos del pueblo chileno. Sin embargo, queda en evidencia que el proyecto político razonable está siendo ridiculizado por *The Economist* como una desviación del sentido común: de hecho, el periódico, simplemente procura un movimiento efectivo para intentar marginar, incluso borrar, las posibilidades políticas alternativas.

19

Este breve artículo comentará, de manera resumida, sobre el tema del sentido común (*senso comune*) en el contexto del trabajo social. Sin embargo, de acuerdo con Antonio Gramsci (1891-1937), la comprensión fundamental es que el *sentido común* no necesariamente es *buen sentido* (*buon senso*), es más bien el sentido que parece ser común para toda una formación social o, según Bourdieu (2003), dentro de un «campo» particular.



Al prestar atención a las ideas de sentido común de Gramsci, se puede apreciar que resulta ser en extremo poderoso, además de un organizador e influyente de las percepciones populares. Sin embargo, también suele estar equivocado con frecuencia, pero no siempre resulta excluido de la historia. Para Kate Crehan (2018, p.278), el sentido común es el “polo opuesto del pensamiento crítico que exige que no aceptemos ninguna “verdad” sin cuestionarla, sino que siempre examinemos, de manera cuidadosa, la evidencia en la que se sustenta”. Por ejemplo, resultaba ser sentido común que las mujeres no tuviesen derecho a voto y, para muchos, parecía “obvio que la esclavitud debía ser eterna y deseable”» (Miéville, 2022, p.104). En cuanto al trabajo social en Irlanda, por otra parte, durante décadas fue sentido común disciplinario que «las madres solteras» debían pasar tiempo en una especie de encarcelamiento en los Hogares de Madre e Hijo y cuyos bebés debían ser rápidamente adoptados por parejas heteronormativas más «respetables». Por otra parte, en una declaración contundente, la Asociación Canadiense de Trabajadores Sociales (CASW – por su acrónimo en inglés) determina cómo el sentido común de la profesión «reforzó el proyecto colonial» y se refiere a cómo resultó evidente su colusión con políticas y prácticas destinadas para personas indígenas (Primeras Naciones, *Métis e Inuit*) (CASW, 2019, p.3-4). Asimismo, el trabajo social blanco, dominante de Sudáfrica, aceptó ideologías supremacistas separatistas mucho antes de 1948 y, de inmediato, adoptó las prácticas de sentido común de segregación racial que culminaron con la creación del *Apartheid* (Ioakimidis y Trimikliniotis, 2020, p.6).

20

No obstante, también se le atribuye que la idea de «sentido común» se ha convertido en una especie de «broma de los estudios culturales», un término «que abarca demasiado, pero que explica muy poco» (Bhattacharyya, 2015, p.25). La provocación de Gargi Bhattacharyya puede ser acertada en la medida en que los análisis obtenidos a partir de la teorización del sentido común deben tener cuidado de no volverse insulsos, incluso condescendientes, hacia quienes, en tiempos difíciles, encuentran una medida de consuelo psicológico en las «explicaciones» predominantes y populares, y en las «soluciones» propuestas para una serie de problemas individuales y sociales. Aunque, resulta importante interactuar con el sentido común porque, lejos de ser estático, puede consolidarse y derivar en diversas formas de pensamientos dominantes y contribuir con la consolidación de la hegemonía dentro de una formación social y de «campos» diversos o de disciplinas ubicadas en ella (Bourdieu, 2003). El sentido común que, a menudo, se fundamenta en formas de razonamiento profundamente racializadas y patriarcales –y en la falta de lógica–, también puede crear y respaldar jerarquías interseccionales.

Esto, de ninguna manera supone que las ideas por sí solas puedan sostener la hegemonía,



ni tampoco que puedan crear contrahegemonías, ni que den lugar a transformaciones sociales y económicas significativas dentro y fuera del trabajo social. No obstante, a modo de eco de Marx, las ideas aún –la forma de pensar y cómo concebimos y «pensamos sobre las cosas»– son de suma importancia para los educadores, los estudiantes y profesionales de izquierda. Esta afirmación puede relacionarse también con la aseveración de Marx en la que la disolución de una forma dada de consciencia» puede ayudar en la transición de una época a otra (Marx, 1981, p.540-41). En resumen, “las nociones mentales” importan (Marx, 1990, p.493).

En otro lugar planteé que la discrepancia dentro de la educación del trabajo social y la práctica puede verse frustrada por dos factores clave (Garrett, 2021a). En primer lugar, los estudiantes, los profesionales y los docentes de la disciplina pueden, tal vez, estar renuentes a promover ideas y prácticas progresistas, debido al impacto negativo en sus trabajos y carreras. En resumen, la inclinación hacia el cumplimiento de políticas, a menudo muy retrógradas, tiene raíces materiales; es decir, lo que Marx denomina la compulsión muda de las relaciones económicas, conduce a la reducción y configuración de lo que, probablemente, se considere como un comportamiento inadecuado (Mau, 2023). En segundo lugar, y el enfoque principal de lo que sigue, es que el desacuerdo puede verse obstaculizado, ya que el trabajo social está, a menudo, involucrado con un tipo particular de sentido común. Es decir, la profesión a menudo está inmensa en una amalgama de ideas, ideologías y formas dóxicas de razonamiento que pueden suavizar formas más socialmente progresistas de *pensar* y *hacer* trabajo social.

El artículo se divide en tres secciones, su enfoque comienza por el entendimiento de sentido común en Gramsci y cómo se relaciona con su aparato conceptual más amplio, en particular, con la hegemonía y el rol de los intelectuales. En segundo lugar, se presenta un breve análisis sobre la configuración del trabajo social Gramsciano, para, finalmente, identificar cuatro perspectivas principales sobre cómo se puede, tal vez, articular el futuro potencial del trabajo social²

El sentido común (senso comune) y «buen sentido» (buon senso) de Gramsci

Según la interpretación de Gramsci, el sentido común es un “agregado caótico de concepciones dispares y en él se puede encontrar todo lo que se desee” (Gramsci en Hoare y Nowell Smith, 2005, p.422). Muchos elementos del sentido común, que se difunden a través del lenguaje, contribuyen a “la subordinación de las personas al hacer que las situaciones de desigualdad y opresión les parezcan naturales e inmutables”

² Ver a Garrett 2024

(Forgacs, 1988, p.421). Para justificar la forma en la que se jerarquiza y regula la sociedad, las élites dominantes a menudo "fabrican ignorancia" de manera deliberada (Slater, 2012). Las redes sociales actuales, controladas por las grandes empresas de tecnología (Big Tech – por su designación en inglés) desempeñan, también, un rol significativo como un conducto influyente de transmisión que ayuda en la construcción de la opinión pública.

El sentido común no está arraigado en la reflexión crítica, sino que, de manera exclusiva, extrae y amplifica narrativas ya recurrentes en lo social y, al parecer, 'verdades' obvias que ofrecen atisbos sobre 'la manera en la que son las cosas'. Por ejemplo, "la racionalidad neoliberal se atribuye y reproduce como sentido común, presente de manera sutil, en las experiencias diarias de las personas, ya sea culpando a los usuarios de los servicios o imponiendo la disciplina de mercado" (Muñoz Arce y Pantazis, 2019, p.140). Tales acuerdos, describen el escenario en el que se desempeña el trabajo social, por ejemplo, puede haber una tendencia a aceptar que el racionamiento de servicios y las vacantes no cubiertas son inevitables, en lugar de considerarlos contingentes y como el resultado de un sistema económico específico que favorece a unos pocos y no a la mayoría.

Por lo general, el sentido común

se expresa en el lenguaje vernáculo, así como también en el coloquial presente en la calle, hogar, bar, lugar de trabajo y en las tribunas. La popularidad e influencia de la prensa sensacionalista –cuya consigna principal– depende de lo bien que imite o, mejor dicho, que iguale y acuñe el lenguaje y los patrones de habla gnómicos de la «gente común». (Hall y O'Shea, 2015, p.52-53)

Actualmente, la denominada prensa convencional –ya sea sensacionalista o de periodismo serio– tomó una posición de menor importancia, ya que forma parte de un mundo pasado de moda, previo a la era digital y, con frecuencia, se percibe que estos medios de comunicación, de propiedad corporativa, resultan más bien complementados por las redes sociales y las nuevas formas de influenciar las ideas. Este punto de vista subestima, de manera grave, el impacto continuo que los «medios heredados», supuestamente anacrónicos, tienen en la formación de las percepciones públicas (Langer y Gruber, 2021). Sin embargo, los medios digitales resultan ser un factor significativo en nuestras vidas y en cómo facilitan parte de la atmósfera cultural y política en la que se forma nuestro «habitus», así como en la que se traza nuestro día a día.

El sentido común en trabajo social resulta inconmensurable en términos de cualquier estudio empírico internacional, lo que da como resultado una recopilación de esquemas de percepción, a veces conflictiva. De acuerdo con mi interpretación, este no representa una ideología: está conformado más bien por una mezcla poco normada de elementos que, aunque parezca contradictorio, sí deriva de la ideología. También, es un «sentido» fluido e inestable que se puede percibir como una forma del pensamiento «profesional» cotidiano, que permite una manera de comprender el rol del trabajo social, sus límites y márgenes, así como también, la amplitud del mundo en el que está inserto. Por otro lado, deriva de un incuestionable «banco de conocimientos», constituido por los programas de estudio impartidos, los esquemas proporcionados por los organismos de registro y acreditación, además de las listas de lectura compiladas, catalogadas y comercializadas por las editoriales corporativas. Se trata, también, de un «sentido» que surge de la llamada «sabiduría práctica» y que contribuye con su constitución. Asimismo, lo moldean el discurso «oficial» de las organizaciones empleadoras, los intercambios «extraoficiales», así como también el lenguaje usado en las conversaciones más «informales» entre los profesionales.

Nada de lo anterior sugiere que “no existan verdades en el sentido común», puesto que se trata de un «concepto multiforme, contradictorio y ambiguo» (Gramsci en Hoare y Nowell Smith, 2005, p.423). De hecho, cuenta con “elementos verídicos, así como tergiversados –y es partir de estas contradicciones que surge la influencia”, obtenida de una lucha por mantener y ganar hegemonía política (Forgacs, 1988, p.421), por eso, el sentido común es relevante. Gramsci, como escritor y activista político joven, cerca del final de la matanza que significó la Primera Guerra Mundial, reconoce que cada «revolución siempre es precedida por un proceso extenso de actividad crucial intensa, de una nueva comprensión cultural y de la propagación de ideas en grupos de hombres [sic], en un principio reticentes a ellas, involucrados en el proceso de resolver sus propios problemas económicos y políticos, además de ser carentes de cualquier lazo de solidaridad con otros que están en su misma situación» (Gramsci en Bellamy, 1994, p.10).

Gramsci reconoce, también, que el sentido común no es simple y necesariamente el producto de la clase dominante. Más importante aún, comprende que, potencialmente, incluso aquellos más oprimidos y denigrados son capaces de pensar, de manera crítica, sobre la realidad a la que se ven enfrentados. Por otro lado, su idea de compromiso con el sentido común, lejos de parecer utópico, está motivada por la esperanza radical. De acuerdo con Marx, “las cosmovisiones no existen en una esfera de ideas independiente,



desarrollándose a partir de sus propias dinámicas, sino que están necesariamente ancladas en las actividades prácticas que quienes las tienen en mente” (Snir, 2016, p.271).

Desde el presidio, Gramsci observó que «la repetición es el mejor método didáctico para trabajar la mentalidad popular» (Gramsci en Hoare y Nowell Smith, 2005, p.340), de hecho, las redes sociales contemporáneas representan un vehículo de «repetición» poderoso que cuenta con anuncios, gobiernos y también legisladores conscientes del potencial que tiene la cultura de los «memes» para tomar mensajes e introducir una percepción común, relacionada con una variedad de temas (Garrett, 2018). La inmediatez, la gran cantidad de información y la velocidad de las comunicaciones en línea pueden hacer, también, que el sentido común sea más voluble y esté sujeto a cambios y transformaciones más rápidas.

Al revisar su obra «Cuadernos de la cárcel» resurge la preocupación, incluso urgente, sobre ¿qué relación tienen el sentido común y la transformación social? Asimismo, tan importante como escribir sus notas, fue su investigación sobre qué rol tuvo el sentido común en el ascenso de Mussolini y del fascismo. Solo a partir de este entendimiento, sería posible intentar determinar un sentido común y una sociedad nuevos, en los que el fascismo resulte totalmente erradicado. Por lo que, 100 años después, dichas preocupaciones vuelven a ser relevantes debido al resurgimiento de la extrema derecha. Con frecuencia, Gramsci se refiere al sentido común como la “filosofía de los no filósofos”, “la filosofía del hombre [sic] de la calle” o “la filosofía espontánea” (Green e Ives, 2009, p.13-14). De acuerdo con su interpretación, es posible reconocer que dentro del sentido común existe, tal vez, una pizca de sentido subversivo (*buon senso*), que resulta ser más que el reflejo de las ideas autoritarias de la clase dominante. Por consiguiente, su perspectiva nos ofrece “una manera de pensar sobre la consistencia de la vida diaria que abarca su carácter dado —cómo constituye nuestra subjetividad y nos confronta como una realidad externa y sólida— pero que también reconoce sus contradicciones, fluidez y flexibilidad” (Crehan, 2016, p.58). Esto, quiere decir que el sentido común es uno de los terrenos de lucha en el que los revolucionarios –y los funcionarios y educadores progresistas– deben entrar.

Dentro de su amplio análisis del sentido común, este autor se interesa, también, en lo que él denomina «folclore» y este aspecto de su pensamiento puede entablar una conversación productiva con el reconocimiento progresivo, dentro y fuera del trabajo social, en lo que respecta a la importancia del conocimiento ancestral. En 1926, cuando



Gramsci fue encarcelado, Italia había estado unificada por solo 35 años y esta nueva nación estaba dividida, no solo por desigualdades de clases, sino que también por grandes diferencias relacionadas con el lenguaje y la cultura. Oriundo de la isla Cerdeña, Gramsci formaba parte, además, de un grupo insular minoritario y cuyos habitantes eran, con frecuencia, racializados y menospreciados por «la gente del norte». De forma más general, los italianos estaban, a menudo, preocupados, por lo que denominaban como «la cuestión del sur». Los conservadores, e incluso algunos integrantes dentro del movimiento socialista, consideraban al sur como «intrínsecamente atrasado debido a la inferioridad de los sureños» y, con frecuencia, expresaban derechamente sus puntos de vista en «términos biólogos y racistas» (Ives, 2004, p.35). Esto funcionó –y hasta cierto punto, todavía lo hace– como un «discurso pantalla» muy perjudicial, que oculta el desarrollo desigual del país y la forma en que esto favorece a la capital, ya que permite mantener una amplia oferta de mano de obra barata en el sur.

Asimismo, él respetaba el tipo de cultura campesina en la que creció, aunque la describía como «estrecha y parroquial y con la necesidad de ser trascendida»: nunca la idealizó (Crehan, 2002, p.98). Además, no solo era consciente del arraigo obstinado y absoluto de la cultura campesina y del «folclore», pero también era capaz de reconocer que quienes aspiraban promover el cambio económico y social, debían estar significativamente comprometidos con ello: existía, como enfatiza el dicho común, la necesidad de «comenzar donde esté la gente». Las «soluciones» estandarizadas que vienen desde las cúpulas, que buscan crear una cultura única y monolítica, a menudo, no funcionan y se deben rechazar. Un ejemplo de esto ofrece Khan y Shahid (2022) en su fascinante análisis sobre las prácticas de cuidado maternal entre los habitantes de barrios marginales de India, en el que se aprecia la orientación del sentido común dentro de la literatura del trabajo social.

El enfoque de Gramsci se ve, también, reflejado en su oposición al Esperanto, que gozaba de una cierta popularidad mientras él vivía. La sola idea de un lenguaje inventado era una «metáfora de cosmovisiones mecánicas y artificiales o de modos de pensamiento que eran impuestos a las personas con poca referencia de sus propias experiencias de vida y de su propia contribución creativa» (Green e Ives, 2009, p.5). Nuevamente, se puede relacionar con el trabajo social que, quizás, ha oscilado en sus intentos de imponer normas monoculturales, universales y jerárquicas para encasillar a los usuarios de los servicios dentro de las categorías de identidad cultural estereotípicas y estáticas; esto último, por supuesto, ejemplificado en las ideas, a menudo áridas y nocivas, que circulan en torno a la «llamada competencia cultural» (Marovatsanga y Garrett, 2022). Unos cuantos comentarios adicionales se pueden hacer en relación con el teórico sardo



y su perspectiva sobre el sentido común. En primer lugar, y de manera inevitable, Gramsci no siempre fue capaz de librarse del sentido común predominante durante la coyuntura que le tocó vivir. Probablemente, algunas de sus percepciones con respecto a la escolarización y el aprendizaje pueden parecer algo conservadoras para los lectores del siglo XXI. De igual manera, estos podrían sentirse sorprendidos por sus «opiniones, más bien reservadas, sobre la moralidad sexual, las mujeres y la familia» (Forgacs, 1988, p.276). Podría decirse que su antipatía hacia la música jazz también tiene su origen en el sentido común eurocéntrico y racializado, típico de la época en la que escribía (Rosengarten, 1994a; 1994b).

En segundo lugar, ¿quién es el árbitro del «buen sentido»? ¿Acaso la perspectiva de Gramsci tiene una cierta afinidad con Bourdieu, quien fue ridiculizado por Rancière (2003, cap.9) como el «rey sociólogo», arrogantemente comprometido con ofrecer ideas para abrirse camino a través la doxa de las masas, aparentemente atónitas? ¿Es él un «rey marxista» pronto a juzgar y corregir las percepciones de las «personas»? Tal pregunta está justificada, pero hay escasa evidencia de que sea una caracterización acertada. Como se ha apreciado, Gramsci está en sintonía con las formas populares de percibir el mundo y su pensamiento se fundamenta en la convicción intelectual y política marxista de que la clase trabajadora es el agente de su propia liberación y emancipación. Esto constituye que el «buen sentido» debe alcanzarse, democráticamente, dentro del Partido Comunista, lo que él denomina, haciendo una alusión a Maquiavelo, el ‘Príncipe moderno’ (Hoare y Nowell Smith, 2005, pp. 123-216) – pero también a través de deliberaciones públicas más amplias. Los lectores de Gramsci no se quedan con la impresión de que, una vez que se haya alcanzado el ‘buen sentido’ sobre un tema particular, este entonces quedará inalterable para siempre. Lejos de ser dogmático, toda su filosofía está arraigada en la idea de que todo está en un flujo constante de cambios incesantes. El ‘buen sentido’ no es estático, siempre está potencialmente incompleto, imperfecto y sujeto a reformas y renovaciones constantes; de lo contrario, el riesgo es la inercia política y social y el brutalismo frío del estalinismo.

Hegemonía

Aquellos atentos a la construcción de proyectos hegemónicos se centran en cómo una clase dominante debe organizar, persuadir y mantener el consentimiento de los subyugados, asegurándose de que sus propias ideas constituyan el sentido común dentro de una sociedad o formación social particular (Crehan, 2011). Derivado de *hegemon*, que literalmente significa líder, la hegemonía significa una combinación de autoridad,

liderazgo y dominación. Es socialmente neutral y no está "necesariamente vinculada con movimientos sociales progresistas o retrocesivos" (Singh y Leonardo, 2023, p.2). Como palabra y concepto, ahora ampliamente asociado con Gramsci, se refiere a "algo más sustancial y más flexible que cualquier ideología abstracta impuesta" (Williams, 1973, p.10). Además, tiene que ser constantemente 'trabajada', mantenida, renovada y revisada (Hall, 2011, p.727-728). Parte de la habilidad política esencial para tal esfuerzo es la capacidad de cooptar y anular "significados y valores alternativos" (Williams, 1973, p.10). Consiguientemente, los proyectos hegemónicos que alcanzan el éxito no solo buscan convencer a las personas para una visión del mundo particular, más bien, aspiran a neutralizar y hacer pasivas las perspectivas contrapuestas," mientras reclutan poblaciones pequeñas, pero estratégicamente significativas; y fracciones de clase para el apoyo activo" (Gilbert, 2015, p.31). Dicho enfoque es esencial porque las 'fuerzas sociales excluidas, cuyo consentimiento no se ha obtenido y cuyos intereses no se han considerado, forman la base de movimientos contrarios, la resistencia, las estrategias y visiones alternativas' (Hall, 2011, p.727-728).

El asunto clave para quienes buscan mantener el poder hegemónico es cómo lograr la combinación adecuada. De esta manera, el poder coercitivo se mantiene por siempre en reserva, para aquellos momentos y lugares en los que fallan los medios para generar el consentimiento suficiente (Smith, 2011). Normalmente, la mayoría de la población no sería el objetivo directo, ni experimentaría tal despliegue de poder coercitivo, pero sí algunos segmentos de esta –quizás las comunidades étnicas minoritarias empobrecidas, enclavadas en determinados barrios urbanos– se enfrentan regularmente al filo coercitivo del Estado, en forma de intervenciones regulares y rutinarias por parte de la policía uniformada y militarizada. También, se podría trasladar esta comprensión al trabajo social y los micro enfrentamientos: en el ámbito de la protección infantil, los padres desempleados o de ciertos grupos étnicos minoritarios tienen más probabilidades de enfrentar formas de intervención coercitiva que enfoques más orientados a generar consentimiento y 'colaboración' (Marovatsanga y Garrett, 2022), por ejemplo.

Una dificultad que enfrentamos es el carácter, tremendamente absorbente, de los aparatos hegemónicos existentes. El colectivo feminista chileno LasTesis (2023, p.20-21) enfatiza:

El capitalismo posee la brutal capacidad de apropiarse de todo. Incluso las críticas al capitalismo terminan siendo procesadas, reapropiadas, desvirtuadas como herramientas de lucha y convertidas en bienes de consumo, productos del mercado. Uno de los mecanismos de supervivencia del capitalismo para sostener su hegemonía es absorber las estrategias de resistencia. Las absorbe, las exprime.

Esta capacidad que tiene el capitalismo para absorber ideas y percepciones de la vida que lo desafían, puede ser un obstáculo para la creación de un nuevo sentido común, uno impregnado de «buen sentido». Por cierto, nos encontramos en una coyuntura en la que desafiar el sentido común capitalista resulta más urgente que nunca. Quizás estamos situados en lo que Gramsci denomina un ‘interregno’, en el que” lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer” (Gramsci en Hoare y Nowell Smith, 2005, p.276). Se trata de un período de duración indeterminada, caracterizado por una serie de dilemas estructurales interconectados que afectan, negativamente y en distintos grados, la vida cotidiana de las personas. De acuerdo con Gramsci, uno de los principales indicadores de un ‘interregno’ es una «crisis de autoridad» provocada por la incapacidad de la clase dominante para gobernar de la manera a la que se estaba acostumbrado (Gramsci en Hoare y Nowell Smith, 2005, p.275).

28

Las cosas comienzan a desmoronarse y los gobernados ya no se dejan persuadir por las narrativas y los mensajes generadores de consenso que anteriormente sostenían el orden hegemónico.

El cómo se desarrolle esta situación, dependiendo de los contextos nacionales, será muy diferente, pero Gramsci sugiere que un ‘interregno’ es un período de gran incertidumbre en el que las formas de gobierno y gobernanza corren el riesgo de volverse cada vez más autoritarias y coercitivas (Hall et al., 1978). Es un período en el que las élites, desesperadas por ‘soluciones’ para resolver la crisis se agitan, reaccionan violentamente y, a menudo, son propensas a identificar chivos expiatorios y parias, a quienes se les pueda culpar de la crisis, las dificultades y de las expectativas frustradas de la gente. Gramsci, además, señala que, en tiempos como estos, es probable que seamos testigos de la aparición de una ”gran variedad de síntomas mórbidos” (Gramsci en Hoare y Nowell Smith, 2005, p.276); ”síntomas” que están llenos de enfermedades y que son insalubres, que pueden reflejarse en las narrativas y las metáforas que aparecen en los discursos políticos o fenómenos culturales. Aquí, por ejemplo, se menciona el discurso genocida del sionismo y la descripción de los palestinos como ‘animales humanos’ (Hawari,



2023). Asimismo, podríamos referirnos a las diatribas neofascistas contemporáneas y a la aparición de rarezas y espectáculos alarmantes como Trump. En América Latina, por su parte, el éxito electoral de Javier Milei refleja acontecimientos políticos similares y preocupantes (Calvi, 2024).

Todo esto puede parecer que nos aleja un poco del trabajo social y su gama más estrecha de preocupaciones, pero el argumento aquí es que estos factores del ‘panorama general’ se reflejan, de maneras complejas y a menudo oscuras, en las microdinámicas de nuestro propio ‘campo’.

Intelectuales

El papel de los intelectuales es vital dentro de todos los aparatos hegemónicos. En este contexto, Gramsci destaca a quienes denominó ‘intelectuales orgánicos’, que son parte integral del proyecto de una clase destacada. A menudo, tales figuras se presentan en la literatura como progresistas, pero Gramsci siempre tuvo claro que los ‘intelectuales orgánicos’ pueden desempeñar un papel que no siempre es socialmente beneficioso para la mayoría de las personas. Como dice Spivak, con ironía: ‘Gramsci no piensa que el intelectual orgánico sea necesariamente una buena persona. Lo que él piensa es que cada modo de producción genera un intelectual orgánico que lo apoya (en Green, 2013, p.97). Pueden, por ejemplo, ser intelectuales ‘orgánicamente’ y de manera intencionada asociarse con los intereses del capital; alternativamente, pueden estar vinculados, o ser parte, de la clase trabajadora y otros grupos explotados y oprimidos. Para que tales grupos desafíen y usurpen el orden existente, deben, de hecho, dejar de depender de intelectuales extremos y crear sus propios ‘intelectuales orgánicos’.

Históricamente, las formaciones sociales anteriores ‘produjeron diferentes tipos de intelectuales orgánicos, como los eclesiásticos en el feudalismo’ (Green, 2013, p.96). Entonces, Gramsci argumentó que, durante mucho tiempo, probablemente fueron los ‘más típicos’ y ostentaron el ‘monopolio de una serie de servicios importantes: la ideología religiosa, es decir, la filosofía y la ciencia de la época, junto con las escuelas, la educación, la moral, la justicia, la caridad, las buenas obras, etc. La categoría de eclesiásticos puede considerarse como la de intelectuales orgánicamente vinculados a la aristocracia terrateniente’ (Gramsci en Hoare y Nowell Smith, 2005, p.7).

Por otra parte, Gramsci sugirió que, con el tiempo, se formó también un ‘estrato de administradores, etc., académicos y científicos, teóricos, filósofos no eclesiásticos,

etc.’ (Gramsci en Hoare y Nowell Smith, 2005, p.7). Estas ”diversas categorías de *intelectuales tradicionales* se presentan como autónomos e independientes del grupo social dominante” (Gramsci en Hoare y Nowell Smith, 2005, p.7, énfasis añadido). La característica principal de este grupo es que se perciben a sí mismos, no solo como autónomos, sino también como al margen de las tensiones del compromiso político. Una de las ”características más importantes de cualquier grupo que se esté desarrollando hacia la dominación es, por lo tanto, su lucha por asimilar y conquistar «ideológicamente» a los intelectuales tradicionales” (Gramsci en Hoare y Nowell Smith, 2005, p.10).

Los intelectuales juegan un papel crucial en mantener el sentido común o, en su defecto, ayudar a la construcción de nuevas formas de sentido común revisado. Por lo tanto, pueden contribuir a la consolidación o erosión de ciertos órdenes hegemónicos. Como afirmó Gramsci, uno de sus nuevos tipos de intelectual orgánico poseía la capacidad de ayudar a construir la hegemonía proletaria debido a su ”participación activa en la vida práctica como constructor, ’organizador’, ’persuasor permanente’”» (Gramsci en Forgas, 1988, p.321).

Gramsci también ejecutó una movida importante al deconstruir las ideas y percepciones dominantes sobre quién puede ser un intelectual. Es decir, y en línea con el resto de su política, intentó democratizar la idea de lo que constituye un ‘intelectual’. En consecuencia, sostuvo que, aunque ”se puede hablar de intelectuales, no se puede hablar de no intelectuales, porque estos no existen. (...) No existe alguna actividad humana de la que se pueda excluir toda forma de participación intelectual” (Gramsci en Hoare y Nowell Smith, 2005, p.9). Posteriormente, redefinió ‘intelectual’ como ”cualquiera cuya función en la sociedad sea principalmente la de organizar, administrar, dirigir, educar o liderar a otros” (Gramsci en Forgas, 1988, p.300).

Configurar un trabajo social gramsciano

La filosofía política de Gramsci no se alinea fácilmente con el «vanguardismo bolchevique» ni con la creencia de que una «visión histórica», formulada por revolucionarios profesionales, pueda transmitirse de manera simple a la clase trabajadora (Rupert, 2005, p.488). Este es un punto importante, ya que toda la contribución de Gramsci implica encarecidamente un tipo particular de acción política y pedagogía³. De hecho, su vida y su obra tienen ciertas afinidades temáticas con Freire. De una manera absolutamente gramsciana, el educador brasileño observa que ”no se pueden esperar resultados positivos de un programa educativo o de una acción policial que fracasa al

³ Véase también Morley et al., 2020

respetar la forma particular de ver el mundo de las personas. Un programa como este, constituye una invasión cultural, a pesar de sus buenas intenciones” (Freire, 2017, p.69). Comprender una premisa como esa, exige que los educadores intenten comprender el “universo temático” popular (Freire, 2017, p.69). Esta idea parece estar completamente alineada con la articulación de Gramsci de sentido común y «buen sentido». Por otra parte, repercute en la formación y prácticas progresivas de trabajo social (Singh y Cowden 2009; Shahid y Jha, 2014). De hecho, si los trabajadores sociales no están en sintonía ni respetan el «universo temático» de las personas a las que les prestan servicios, surge la pregunta sobre si vale la pena preservar la profesión (Maylea, 2021).

Por lo tanto, ¿cómo podría la propuesta gramsciana influenciar e informar sobre el compromiso con los problemas sociales contemporáneos que impacientan a los profesionales irlandeses? A modo de ejemplo, algunos comunitarios locales se oponen ante la llegada de los solicitantes de asilo, lo que afecta en el trabajo social comunitario (Sherlock y Blaney, 2023). Sin embargo, si tales objeciones las desencadenan fascistas y racistas ideológicos, entonces, la confrontación hacia esos grupos debe ser con firmeza, y no apaciguados. No obstante, el sentido común de tales comunidades *puede*, también, contener elementos que sean socialmente menos tóxicos y, en algún grado, racionalmente explicables. Por ejemplo, la preocupación puede ser sobre el impacto que generarían las grandes cantidades de recién llegados y que se concentren en un barrio empobrecido que, muy probablemente, ya tenga sus servicios públicos y de salud demasiado debilitados a causa de los años de austeridad neoliberal. Existe, también, un enojo contra la rutinaria falta de consulta por parte del Estado, que de manera implícita ha devaluado las comunidades locales. Podrían, entonces, surgir preguntas y expresar cierto desconcierto sobre por qué las zonas más acomodadas del país no parecen tener solicitantes de asilo en sus barrios residenciales. En este caso, *tal vez*, parte de la oposición frente a este fenómeno se deba a la esencia de «buen sentido» atrapada en el confuso y heterogéneo conjunto del sentido común.

Como hemos revisado, según el pensamiento marxista de Gramsci –y lo que generalmente se califica de Los Cuadernos [de la cárcel], «filosofía de la praxis»– los activistas progresivos deben luchar de forma creativa contra el sentido común, a fin de trascenderlo. El sentido común debe ser “abordado, analizado, comprendido y organizado activamente por quienes lo utilizan y poseen” (Green e Ives, 2009, p.20). La existencia del diálogo ocurre porque los individuos y sus modos de pensar son el “terreno de batalla para las relaciones sociales en disputa o su hegemonía” (Davidson, 2011, p.142). Por consiguiente, existe una necesidad de abordar, incluso de cuestionar,

las opiniones de las personas, así como también nuestras propias concepciones mentales del mundo social (Marx, 1990, p.493). Por lo tanto, en este caso, además de proporcionar el apoyo total a los solicitantes de asilo, los trabajadores sociales comunitarios podrían poner también esfuerzos para dialogar con quienes se oponen a su asentamiento.

Al sugerir que esta puede ser una vía de avance, no es lo mismo que ceder terreno frente a los racistas o neofascistas. Más bien, el enfoque de Gramsci puede inducirnos a intentar y replantear qué es lo que se constituye como el «problema» principal. De este modo, las intervenciones no se centrarían, simplemente, en cambiar las opiniones de los residentes locales, más bien podrían buscar ampliar el alcance, a modo de ejemplo: planteando el tema de una mejor financiación de los servicios y el aumento de los recursos materiales de la comunidad; los servicios de vivienda y salud pueden ser de interés especial; tal vez, se puedan hacer esfuerzos para organizar acciones comunitarias conjuntas con los residentes locales –o una parte de ellos–; incluso, con el impulso de estos solicitantes de asilo, plantear, en conjunto, nuevas demandas al Estado.

Los discursos de los medios dominantes son propensos a describir que las comunidades están totalmente unidas en una oposición hacia los solicitantes de asilo, pero es muy probable que ya exista diversidad de opiniones con relación a su llegada. De acuerdo con el razonamiento de Bourdieu, parte de la tarea es dismantelar el «discurso televisivo» que señala a la llegada de estos individuos como el único problema. Esto está relacionado también, como hemos visto, con las ideas de hegemonía e intelectuales de Gramsci. El actuar político debería "usar el buen sentido contra el sentido común para transformar al sentido común desde adentro" (Snir, 2016, p.276). En múltiples ocasiones esto podría parecer ingenio político, pero elegir no entrar en este, a menudo complejo «terreno», quiere decir que sería más fácil de conquistar para ideólogos racistas y neofascistas, cuyas aspiraciones son extinguir el «buen sentido» para nutrir las facetas socialmente más tóxicas del sentido común, a fin de impulsar sus proyectos políticos más expansivos y de mayor alcance.

¿De qué manera, entonces, podría percibirse el futuro del trabajo social? En la parte final de este artículo, consciente de que mi articulación sobre estas perspectivas está determinada por mi posicionalidad, me voy a referir, de manera breve, a cuatro perspectivas diferentes que a continuación se presentan, y que cada una apunta a futuros alternativos para la profesión, lo que puede o no tener sentido en el contexto chileno.

Futuro(s) del trabajo social

El sentido común de una «era de oro» recuperable (o «hacer que el trabajo social sea grande de nuevo»)

Gramsci observó que el sentido común tiende a ser "crudamente neofóbico y conservador"» (Gramsci en Hoare y Nowell Smith, 2005, p.423). Esta faceta cobra importancia en una perspectiva del trabajo social que se remonta a la supuesta «época dorada» de la profesión. En términos generales, su punto de referencia político, social y cultural, implícitamente, es el régimen fordista de acumulación de capital y el orden social institucionalizado que este generó tras la Segunda Guerra Mundial. Durante este período, en lugares como Gran Bretaña, el sentido común de la profesión se mantuvo imperturbable ante la explotación de clases, el racismo y la opresión de género; señalado como "el orden tradicional institucionalizado del trabajo social" (Brockmann y Garrett, 2022, pp. 5-6), se puede asociar con una cosmovisión «simple» que aún se mantiene en el brillo desvanecedor del Imperio y del sentido común colonial. Actualmente, aspectos de esta perspectiva se mantienen presentes, tal vez, en los llamados periódicos para que los trabajadores sociales retomen métodos más artesanales que les ofrezcan oportunidades para construir «relaciones» con los «clientes» nuevamente. Quizás, en su versión moderna, reduzca el alcance del trabajo social a un manual que gira en torno, por ejemplo, al «apego», la «práctica informada sobre el trauma» y las «experiencias adversas en la infancia (EAI)». Si bien estas preocupaciones no deben, por supuesto, ser completamente despreciadas, el riesgo es que el mundo social y económico más amplio, que provoca dolor y genera dificultades, se pierda por un enfoque demasiado limitado en la psicología. En otras palabras, lo «social» en trabajo social se ve reducido. Lo peligroso de que esto ocurra se ve exacerbado, por las certezas positivistas reconfortantes que el nuevo campo de la neurociencia parece proporcionar, otorgando a esta perspectiva, un cierto brillo de «modernidad».

El sentido común de «es lo que es»

Esta es la máxima y el sentido común envolvente del "orden institucional neoliberal del trabajo social" (Brockmann y Garrett, 2022, p.5-6). En ocasiones, quizás no del todo cómodos con la «la forma en la que son las cosas aquí», la tendencia dominante es simplemente aceptar la hegemonía actual y, por lo tanto, contribuir a su consolidación. Atestados de una atmósfera de «positividad» obligatoria en el entorno laboral, esta perspectiva, también, puede asociarse fácilmente con el autoritarismo gerencial.

Quienes adoptan esta forma de sentido común, dentro de la formación del trabajo social, a menudo están dispuestos a crear pequeñas recalibraciones que, si bien reflejan y reafirman los imperativos neoliberales en el campo, pretenden tener una intención totalmente distinta. Esta variante específica del sentido común profesional abarca la plática sobre la «diversidad», enfatiza la necesidad de la «competencia cultural» y, en el futuro, podría incluso llegar a incorporar cierto grado de «descolonización» en sus discursos educativos y prácticos. En este sentido, podría caracterizarse como lo que Lange y Pickett-Depaolis (2022) denominan una «rebelión conformista»: donde la sumisión descomunal al orden dominante se recubre con un opaco barniz de reformismo. De hecho, todo es posible siempre y cuando no altere el impulso implacable de la acumulación de capital, el entorno laboral y el orden social más amplio que facilita dicho proceso (Fraser, 2022).

Relacionado con lo anterior, en este contexto, Silvia Rivera Cusicanqui ofrece una perspectiva aguda sobre cómo los discursos sobre el «multiculturalismo» y lo «indígena» se utilizan, con frecuencia en América Latina, para reforzar la ideología neoliberal. Aunque no utiliza el término, su crítica también podría enmarcarse en el «neoliberalismo progresista» de Brenner y Fraser (2017). Es decir, una conceptualización que señala la inclinación de las fracciones predominantes dentro del bloque hegemónico global que, en la actualidad, constituyen la clase dominante, a promover de manera estratégica la «diversidad» y el «multiculturalismo», mientras que, al mismo tiempo, erosiona la provisión pública y desmantela las protecciones sociales. Este es, en parte, el contexto en el que las élites «adoptaron» el «multiculturalismo» en Bolivia y en el resto de América Latina, como un proyecto que buscaba «humanizar» los programas neoliberales de ajuste estructural (Rivera Cusicanqui, 2020, p.51).

El sentido común del finismo y abolicionismo

Esta es una corriente secundaria del sentido común emergente que se centra en los daños que el trabajo social causó –y continúa haciendo– a una gran cantidad de comunidades, cuyas denuncias legítimas promovieron llamados para «poner fin» al trabajo social (Maylea, 2021; Garrett, 2021b). De forma similar, pero ampliamente asociada al trato que reciben las familias afroamericanas por parte de los servicios de trabajo social, una corriente de pensamiento relacionada exige no solo la «abolición» de las prisiones y la policía, sino que también del trabajo social (Toraif y Mueller, 2023). Una de las principales preocupaciones, y bien fundamentada, es que el trabajo social, como institución, está completamente entrelazado con la actividad de la policía, y que el sistema de «cuidado»

infantil funciona como una vía que, a menudo, conduce directamente al sistema penitenciario, en especial para las comunidades étnicas minoritarias (Adjei y Minka, 2018). Gran parte de la comprensión de este tema es persuasiva y convincente (Dettlaff et al., 2020). Sin embargo, la perspectiva «abolicionista» se centra tal vez en EE. UU., y está totalmente entrelazada con las particularidades del racismo estadounidense y lo que a Wacquant (2009) denomina como la «penalidad neoliberal». ¿Es probable que la idea de que la policía y las prisiones sean abolidas es mucho más compleja de lo que argumentan los «abolicionistas»? ¿Podemos, por ejemplo, anhelar la creación de un aparato del Estado post capitalista donde los neofascistas puedan deambular libremente intimidando y haciendo propaganda como deseen? Tal vez, lo que se necesita son nuevas formas de vigilancia y encarcelamiento (y de trabajo social) que se replanteen con nuevas prioridades y con estructuras democráticas/responsables. El estado, en su totalidad, no es necesariamente un mecanismo que condenar, más bien, sería mejor cuestionar a las fuerzas sociales que lo controlan.

El sentido común de que otro mundo (del trabajo social) es posible

Gianinna Muñoz Arce nos recuerda que, a mediados de 1960, se inició en Chile, así como en el resto de Latinoamérica, el debate sobre el propósito y las intenciones del trabajo social, denominado como el «movimiento de la reconceptualización». Este criticó la forma en que los profesionales y educadores del trabajo social actuaron como defensores del orden establecido y pasó a enfatizar y a hacer campaña por un «nuevo trabajo social», plenamente comprometido con los “pueblos latinoamericanos oprimidos y dominados” (Aylwin en Muñoz Arce, 2018, p.781). En la actualidad tal vez exista la necesidad mundial de que intentemos y busquemos formas alternativas de enseñanza y práctica del trabajo social, por lo que resulta importante la creación y fomento de «estructuras dentro de estructuras» al interior de las organizaciones del servicio del trabajo social y de las instituciones que brindan la enseñanza de este (ver también a Garrett, 2021a). Esta táctica, parte de una lucha estratégica y a largo plazo, puede implicar retomar antiguas formas de organización que enfatizan la importancia de las asambleas, lo que quiere decir, *concentrarse* no solo en promover nuevas formas de pensamiento radical, sino también en formar nuevos bloques y asambleas –presenciales o remotas– para resistir, de manera colectiva, a las organizaciones neoliberales engeguedoras con sus exigencias tóxicas e intolerantes. Esto podría formar parte de una red mayor de asambleas similares que abarquen múltiples «campos» completamente diferentes dentro de la formación social más amplia. De hecho, esta dimensión mayor es vital, no solo por contrarrestar la generación de manías de los intereses sectoriales, sino porque los trabajadores sociales por sí solos, por supuesto, pueden cambiar muy poco.



Conclusión

Es importante destacar que, en lo que respecta a opinar sobre trabajo social y sentido común, es posible reconocer que otros han contribuido con artículos fascinantes en el contexto chileno: Luis Vivero Arriagada (2017), a modo de ejemplo. Adicionalmente, este artículo se ve limitado ante mi poca familiaridad con la especificidad de Chile. En ese contexto, la composición específica del sentido común en trabajo social variará según una infinidad de factores relacionados con la historia, cultura, política y la genealogía de la profesión en un país específico. Es claro que, dada la naturaleza fastidiosa del sentido común, se corre el riesgo de obsesionarse con la búsqueda de sentido común y que, con mayor frecuencia, ocurre en los países en que vivimos y en las instituciones en las que trabajamos. Esto puede derivar en generalizaciones insensatas y equivocadas, a pesar de contar con características compartidas, el sentido común en el trabajo social, de ninguna manera, será el mismo en Chile que en Irlanda.

Resulta evidente que los profesionales y docentes de trabajo social desempeñan diversos roles y puestos subjetivos: roles familiares, como actores evidentemente políticos (en partidos políticos y movimientos sociales, entre otros). Por consiguiente, la lucha por promocionar un nuevo sentido común –tal vez, el *buen* sentido gramsciano, para ser más exactos– se extiende más allá de la esfera de lo «profesional». Dentro del campo del trabajo social, las preguntas que debemos seguir haciéndonos a nosotros mismos, incluyen: ¿cómo sería una pedagogía más emancipadora del trabajo social? ¿Cómo podría servir la emancipación social más ampliamente? ¿Qué significaría si la palabra «liberación», presente en la definición de trabajo social de la FITS⁴ (2014), se tomara en serio? Ninguna de estas preguntas tiene una respuesta fácil, sin embargo, nos impulsan a pensar con mayor profundidad sobre cómo ocupar y reestructurar el terreno existente del trabajo social, con la esperanza de construir nuevos mundos. Un buen punto de partida es cuestionar el trabajo social y su sentido común imperante.

⁴ Federación Internacional de Trabajo Social



Referencias bibliográficas

Adjei, P. B. y Minka, E. (2018). Black parents ask for a second look: Parenting under “white” child protection rules in Canada. *Children and Youth Services Review*, (94), 511–524.

Bellamy, G. T. (1994). The Slow Pace of Change. *Journal of Teacher Education*, 45(1), 76-78. <https://doi.org/10.1177/0022487194045001011> (Original work published 1994)

Bhattacharyya, G. (2015). *Crisis, Austerity, and Everyday Life*. Palgrave Macmillan.

Bourdieu, P. (2003). *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge University.

Brenner, J. y Fraser, N. (2017). What is progressive neoliberalism?. *Dissent*, 64(2), 130-141.

Brockmann, O. y Garrett, P. M. (2022). ‘People are responsible for their own individual actions’: dominant ideologies within the Neoliberal Institutionalised Social Work Order. *European Journal of Social Work*, 25(5), 880-893.

37

Calvi, P. (2024, 10 de abril). In Argentina, Javier Milei’s Shock Therapy Is Wreaking Havoc. *Jacobin*. <https://jacobin.com/2024/04/javier-milei-austerity-policy-impacts>

Canadian Association of Social Workers. (2019). *Statement of apology and commitment to reconciliation*. https://www.casw-acts.ca/sites/default/files/Statement_of_Apology_and_Reconciliation.pdf

Crehan, K. (2002). *Gramsci, Culture and Anthropology*. Pluto.

Crehan, K. (2011). Gramsci’s concept of common sense. *Journal of Modern Italian Studies*, 16(2), 273-287.

Crehan, K. (2016). *Gramsci’s Common Sense: Inequality and its Narratives*. Duke University.

Crehan, K. (2018). The Common Sense of Donald J. Trump: A Gramscian Reading of Twenty-First Century Populist Rhetoric. En A. Jaramillo Torres y M. B. Sable (eds.), *Trump and Political Philosophy: Leadership, Statesmanship, and Tyranny* (pp. 275-291). Springer International.



Davidson, A. (2011). Review: Peter Thomas. *The Gramscian Moment, Thesis Eleven*, 105(1), 134-144.

Dettlaff, A. J., Weber, K., Pendleton, M., Boyd, R., Bettencourt, B. y Burton, L. (2020) It is not a broken system, it is a system that needs to be broken: the upEND movement to abolish the child welfare system. *Journal of Public Child Welfare*, 14(5), 500-517.

Forgacs, D. (1988). *A Gramsci Reader*. Lawrence and Wishart.

Fraser, N. (2022). *Cannibal Capitalism*. Verso.

Freire, P. (2017). *Pedagogy of the Oppressed*. Penguin Classics.

Garrett, P. M. (2018). *Welfare Words: Critical Social Work and Social Policy*. SAGE.

Garrett, P. M. (2021a). *Dissenting Social Work: Critical Theory, Resistance and Pandemic*. Routledge.

Garrett, P. M. (2021b). "A World to Win": In Defence of (Dissenting) Social Work—A Response to Chris Maylea. *British Journal of Social Work*, 51(4), 1131-1149.

Garrett, P. M. (2024). *Social Work and Common Sense: A Critical Examination*. Routledge.

Gilbert, J. (2015). Disaffected consent: that post-democratic feeling. *Soundings*, (60), 29-42.

Green, M. E. (2013). On the postcolonial image of Gramsci. *Postcolonial Studies*, 16(1), 90-101.

Green, M. E. e Ives, P. (2009). Subalternity and Language: Overcoming the Fragmentation of Common Sense. *Historical Materialism*, 17(1), 3-31.

Hall, S. (2011). The Neo-Liberal Revolution. *Cultural Studies*, 25(6), 705-728.

Hall, S., Critcher, C., Jefferson, T., Clarke, J. y Roberts, B. (1978). *Policing the Crisis: Mugging, the State and Law and Order*. MacMillan Education.

Hall, S. y O'Shea, A. (2015). Common-Sense Neoliberalism. En S. Hall, D. Massey y M. Rustin (eds.), *After Neoliberalism* (pp. 52-69). Lawrence and Wishart.

Hawari, Y. (2023, 13 de noviembre). When Palestinians tell the world what is happening to them, why are they met with disbelief?. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/commentisfree/2023/nov/13/palestinians-world-israel-carnage-gaza>

Hoare, Q. y Nowell Smith, G. (eds.) (2005). *Antonio Gramsci: Selections from Prison Notebooks*. Lawrence and Wishart.

Khan, A. S. y Shahid, M. (2022). Care Practices among Muslim Slum Dwellers in India: Does Common Sense Still Matter?. *The International Journal of Community Development*, 4(4), 426–441.

International Federation of Social Workers. (2014). *Global Definition of Social Work*. <http://ifsw.org/get-involved/global-definition-of-social-work/>

Ioakimidis, V. y Trimikliniotis, N. (2020). Making sense of social work's troubled past. *British Journal of Social Work*, 50(6), 1890-1908.

Ives, P. (2004). *Language and Hegemony in Gramsci*. Pluto.

Lange, E. L. y Pickett-Depaolis, J. (2022). Introduction. En E. L. Lange y J. Pickett-Depaolis (eds.), *The Conformist Rebellion: Marxist Critiques of the Contemporary Left*. Rowman & Littlefield.

Langer, A. I. y Gruber, J. B. (2021). Political agenda setting in the hybrid media system: Why legacy media still matter a great deal. *The International Journal of Press/Politics*, 26(2), 313–340.

Las Tesis (2023). *Set Fear on Fire: The Feminist call that set the Americas ablaze*. Verso.

Marovatsanga W. y Garrett, P. M. (2022). *Social work with the Black African diaspora*. Bristol University Press.

Marx, K. (1981). *Grundrisse*. Penguin.

Marx, K. (1990). *Capital* v.1. Penguin.

Mau, S. (2023). *Mute Compulsion: A Marxist Theory of the Economic Power of Capital*. Verso.

Maylea, C. (2021). The end of social work. *The British Journal of Social Work*, 51(2), 772-789.

Miéville, C. (2022). *A Spectre Haunting: On the Communist Manifesto*. Head of Zeus.

Morley, C., Ablett, P. Noble, C. y Cowden, S. (eds.) (2020). *The Routledge Handbook of Critical Pedagogies for Social Work*. Routledge.

Muñoz Arce, G. (2018). Critical social work and the promotion of citizenship in Chile. *International Social Work*, 61(6), 781-793.

Muñoz Arce, G. y Pantazis, C. (2019). Social exclusion, neoliberalism and resistance: The role of social workers in implementing social policies in Chile. *Critical Social Policy*, 39(1), 127-146.

Ranciere, J. (2003). *The Philosopher and His Poor*. Duke University.

Rivera Cusicanqui, S. (2020). *Ch'ixinakax Utxiwa: On Decolonising Practices and Discourses*. Polity.

Rosengarten, F. (ed.) (1994a). *Antonio Gramsci: Letters from Prison*, v. 1. Columbia University Press. Trans. R. Rosenthal.

Rosengarten, F. (ed.) (1994b). *Antonio Gramsci: Letters from Prison*, v. 2. Columbia University Press. Trans. R. Rosenthal.

Rupert, M. (2005). Reading Gramsci in an era of globalizing capitalism. *Critical Review of International Social and Political Philosophy*, 8(4), 483-497.

Shahid, M., & Jha, M. K. (2014). Revisiting the client-worker relationship: Biestek through a Gramscian gaze. *Journal of Progressive Human Services*, 25(1), 18-36.

Sherlock, C. y Blaney, F. (2023, 16 de mayo). Asylum seekers flee Clare hotel after local protesters block access with tractors. *Irish Mirror*. <https://www.irishmirror.ie/news/irish-news/asylum-seekers-flee-clare-hotel-29992147>

Singh, M. V. y Leonardo, Z. (2023). Educators as decolonial intellectuals: Revolutionary thought from Gramsci to Fanon. *Critical Studies in Education*. DOI/full/10.1080/17508487.2022.2146150

Singh, G. y Cowden, S. (2009). The social worker as intellectual. *European Journal of Social Work*, 12(4), 1369-1457.

Slater, T. (2012). The Myth of “Broken Britain”: Welfare Reform and the Production of Ignorance. *Antipode*, 46(4), 948-969.

Smith, G. (2011). Selective Hegemony and Beyond-Populations with “No Productive Function”. *Identities*, 18(1) 2-38.

Snir, I. (2016). ”Not Just One Common Sense”: Gramsci’s Common Sense and Laclau and Mouffe’s Radical Democratic Politics. *Constellations*, 23(2), 269-281.

Toraif, N, & Mueller, J. (2023). Abolitionist social work. In *Encyclopedia of Social Work*.

The Economist (2024, 24 de septiembre). The woman who will lead Chile’s counter-revolution: Chileans tried youthful utopianism. Now they crave maturity and moderation. *The Economist*. <https://www.economist.com/the-americas/2024/09/24/the-woman-who-will-lead-chiles-counter-revolution>

Vivero□Arriagada, L. (2017). Trabajo Social entre el sentido común, hegemonía y praxis: Un análisis basado en Gramsci. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 15(1), 547-563.

Wacquant, L. (2009). *Punishing the poor*. Duke University.

Williams, R. (1973). Base and Superstructure in Marxist Cultural Theory. *New Left Review*, (Nov.-Dec.), 3-17.

Biografía del autor

Paul Michael Garrett es un profesor y escritor irlandés. Tras muchos años de ejercicio profesional como trabajador social, obtuvo su doctorado en la Universidad de Nottingham, donde enseñó durante cinco años antes de asumir su cargo actual, en la Universidad de Galway el 2004. Allí colaboró en la creación del primer programa de trabajo social en el oeste de Irlanda y ha impartido docencia en programas de pregrado y posgrado por más de veinte años. Paul es miembro de la Real Academia Irlandesa y fue distinguido con un Doctorado Superior por la Universidad Nacional de Irlanda en 2022, así como con un Doctorado Honoris Causa por la Universidad de Gante, Bélgica, en 2024.

Entre sus libros más recientes se encuentran: *Welfare Words: Critical Social Work and Social Policy* (Sage, 2018), *Dissenting Social Work: Critical Theory, Resistance and Pandemic* (Routledge, 2021), *Social Work with the Black African Diaspora*, coescrito con Washington Marovatsanga (Policy Press, 2022), y *Social Work and Common Sense: A Critical Examination* (Routledge, 2024).

42

Correo electrónico: pm.garrett@universityofgalway.ie

ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0003-2689-0948>

